

# Luminosa

Margarita Bavosi

Encarte nº 16



## El «toque» de Luminosa

**E**n muchas ocasiones, las personas que hemos entrevistado en estas páginas han subrayado que Luminosa poseía un sello propio y especial que se manifestaba en tantos aspectos de su vida: la palabra, la acción, las relaciones... Todo esto en ella era profundamente humano y, al mismo tiempo, estaba impregnado de sobrenaturalidad, como si un toque divino estuviese siempre presente.

Aunque quizás sea un atrevimiento, uno de los temas en los que profundizamos este año, el Espíritu Santo, nos puede dar la clave esencial para intuir dónde estaba el secreto de la vida de la Sierva de Dios. Sí, el diálogo permanente con Jesús, la escucha continua de su Voz son constantes en su vida espiritual, como se refleja en sus diarios y en su correspondencia, y no menos en el acompañamiento que hizo de tantas personas, del Movimiento y no. Así mismo, la responsabilidad que desempeñó hacía necesario que este «Dios desconocido» no estuviera ausente en las decisiones que hubo de tomar. En una ocasión Chiara Lubich indicó que el amor a Dios en el hermano y el amor a Dios en la cruz eran las vías seguras para advertir la presencia viva del Espíritu Santo.

Ambos aspectos fueron vividos seriamente por Luminosa. Y entonces no es de extrañar que su vida fuese precisamente así: «luminosa», porque irradiaba esa luz propia del Espíritu que, con multitud de matices, pene-

tra en la vida humana... Esa luz que se transforma en paz, seguridad, felicidad, sencillez, familia y mucho más, y que cada uno de los que conoció a Luminosa personalmente lo experimentó.

Y si el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, Luminosa «generaba» Iglesia a su alrededor... La Iglesia pequeña que vive en un grupo de personas unidas en el nombre de Jesús, y también la Iglesia formada por todos los hombres, salvados por un Dios que ha muerto por cada uno, sin excepción. Luminosa no excluía a nadie y a todos daba con transparencia la razón de su vida: creyentes y no, pequeños y grandes, amas de casa y sacerdotes. Para ella la Iglesia era el pueblo de Dios, la familia nacida en torno a Él, y ella sabía introducir a cada persona en esta realidad de fraternidad.

No ajena al papel de la Iglesia jerárquica y carismática, era la primera en mostrar su reconocimiento hacia ellas, tanto con acciones concretas, como fue la visita de Juan Pablo II a Sevilla en 1982, como en la red de relaciones con religiosos y religiosas, a los que incansablemente nutrió con el Carisma de la Unidad para el bien de sus respectivas congregaciones... Tanto es así que no pocas congregaciones religiosas otorgan a Luminosa un lugar preferente entre las personas bienhechoras de su propio carisma por la vida insuflada en sus miembros.

Luminosa, Espíritu Santo, la Iglesia... un trinomio difícil de separar.

## Entrevista-testimonio

### Entrevista-testimonio

## Luminosa vista por un hijo de San Agustín

*En esta ocasión entrevistamos al P. Manuel Morales, agustino, que conoció personalmente a Luminosa y tuvo oportunidad de trabajar codo a codo con ella en el ámbito del Movimiento de los Focolares.*

*Dado que en este año profundizamos en el décimo punto de la espiritualidad, la Iglesia, entrevistar a un religioso es una magnífica posibilidad de adentrarnos en la visión que la Sierva de Dios tenía de la Iglesia y cómo era su relación con religiosos, religiosas y sacerdotes.*



—P. Morales, ¿cuándo conoció a la Sierva de Dios?

—Luminosa llegó a España en febrero de 1971 para ser responsable del Movimiento. Recuerdo que el otro responsable, Pier Lorenzo, nos aconsejó, con su pizca de ironía, que no la llamáramos «Luminosa», no fuese a aparecer un día con la cara seria; mejor, decía, llamarla por su nombre de pila, Margarita. No le hicimos caso, por supuesto. Entre otras razones, porque yo jamás vi esa cara seria.

Mis primeros recuerdos coinciden con las primeras reuniones de responsables del Movimiento, en los que yo participaba como coordinador de los religiosos vinculados al Movimiento.

—¿Cual fue entonces su primera impresión de aquella joven de 29 años?

—¡Una personalidad encantadora, feliz, que te hacía sentirte inmediatamente en familia! Te cuento. Después de acompañar yo en cierta ocasión un día entero a una focolarina que venía de Chile buscando ayudas en Madrid por diversas instituciones, al volver al focolar me ofrecieron tomar algo en el recibidor... De pronto llegó Luminosa, y en un periquete anuló distancias y me hizo pasar al comedor con todas las focolarinas... Esos pequeños detalles de familia la caracterizaban. Sabía generar cercanía y unidad con una espontaneidad y una alegría únicas.

Admiré, en nuestros diálogos del equipo de responsables, su delicadeza exquisita. Cuando se producían divergencias en los pareceres, ella guardaba un silencio discreto para llevar después al grupo a una unidad mayor.

Luminosa no necesitaba presentarse como «autoridad». Conquistaba a la gente con su sencillez. Gozaba de una simpatía arrolladora y un gran sentido del humor. En los intermedios de nuestras reuniones me pedía siempre algún chiste (me gusta el «oficio»), que ella celebraba a carcajada limpia, sonora, contagiosa.

—Desde el punto de vista espiritual, ¿cuáles eran sus características?

—Luminosa era una mujer de fe. Creía, sobre todo, firmemente en la presencia de Jesús en medio de «dos o más reunidos en su nombre». Jamás comenzaba una reunión sin tener esta presencia asegurada; lo primero para ella, una declaración explícita de amor recíproco.

En la base de sus relaciones humanas reinaba su pasión por la unidad, por una vida evangélica gozosa, plena. Sencillísima en su vida de fe, las conversaciones que mantuve con ella tuvieron siempre un alto nivel espiritual. Era evidente, contagioso, su entusiasmo por Dios. Encantaba su humildad. Se consideraba solo el instrumento fraterno que deja pasar la luz del carisma.

—Su relación con Luminosa partía del hecho que Ud. en ese momento era el coordinador de los religiosos vinculados al Movimiento de los Foculares. ¿Cómo veía Luminosa la Iglesia?

—Dos apuntes. Cuando una joven del Movimiento Gen decidió entrar en una orden religiosa, hubo quien lamentó que aquella muchacha no hubiera elegido ser focolarina. A Luminosa, en cambio, la noticia le causó una gran alegría, y así lo manifestó abiertamente.

En los encuentros con nosotros, los religiosos, le gustaba destacar la «santidad de siglos» de las órdenes religiosas. Valoraba con suma delicadeza la historia de nuestras congregaciones porque, presentando el Carisma de la Unidad y, por tanto, el carácter renovador de su espiritualidad, podía infiltrarse indirectamente un juicio negativo sobre lo vivido en la historia de la Iglesia. De hecho, nosotros mismos hemos caído, a veces, en ese error por constatar los defectos, desconocer u olvidar el sacrificio de años y años de entrega y perseverancia en la vida religiosa. Luminosa insistía: ¡esa perseverancia es virtud! Y no era un cumplido lo que nos hacía, no. Era su convicción. Celebraba gozosamente el surgir de grupos parroquiales con el espíritu del Movimiento. Jamás le oí una crítica a los sacerdotes o a la Iglesia.

—Muchos afirman que los diálogos con Luminosa tenían siempre un «algo especial». ¿Recuerda cómo eran esos diálogos?

—¡Con mucha chispa y mucha vida! En sus conversaciones, incluso al teléfono y por asuntos concretos, Luminosa te daba siempre algo de sí misma, su última experiencia, lo que estaba viviendo. Su transparencia anulaba cualquier barrera, comunicaba abiertamente las cosas de Dios, y pasaba con toda naturalidad de presentar una meditación de Chiara —marcando el «tono» altísimo de un encuentro— a sentarse a la mesa y reír y disfrutar. ¡Pero que el chiste no ofendiese a nadie, por favor!

El año que le otorgaron el Premio Templeton a Chiara se preparó en el focolar una entrevista para un programa internacional de radio. Me pidieron asistir también a la entrevista para responder, si era el caso, a los aspectos más teológicos. ¡No abrí el pico, no hizo falta! Apenas los periodistas saludaron a esta mujer y le formularon dos o tres preguntas, vieron su fuerza, su verbo, su convicción... ¡y quedaron prendidos y encantados! El Espíritu Santo hace estas cosas. Luminosa no les había dado una información sobre el carisma de Chiara Lubich, se lo había servido en bandeja, vivo, lleno de luz. «¡Esta mujer —comentaban al salir— habla con su vida!»

—Respecto a su etapa final, ¿cómo considera que vivió su enfermedad?

—Comprobé entonces su heroicidad. Si estar con Luminosa era una fiesta en los primeros años, después, durante la enfermedad, admiré en ella una fuerza de león, el valor de quien no se rinde... Ya en Italia, en la fase última de su insuficiencia respiratoria, cuando intentaba yo apenas asomarme a su cuarto para saludar, ella quería saber de mi padre, de mi hermana monja... Se ahogaba, pero seguía preguntando... Creo firmemente que Luminosa era una gran enamorada de su mayor Amor, Jesús abandonado. No me pareció que la enfermedad le afectase al carácter. Con su gracia de siempre me comentaba cosas de su hermano Luis (llegado de Argentina), que, alejado de la Iglesia, recibía de ella breves «clases de religión». ¡En aquellas circunstancias, con su mascarilla, ocupada solo en amar! Un día que, a propósito de mi padre enfermo, le dije: «Ponemos todo en las manos de Dios», Luminosa me respondió inmediatamente: «¡Son las únicas decentes!»

—Su relación actual con Luminosa.

—Luminosa sigue viviendo entre nosotros. Encomiando a ella todas las noches nuestros enfermos. Y sobre todo, es un «correctivo» permanente para mí. Recordarla me supone volver una y otra vez a ese Ideal de vida que ella encarnó tan sencilla y «luminosamente».

## Destellos de luz

- «Para seguir a las almas, es suficiente nuestra santidad, nuestra unión con Dios, porque es Él quien las hace ir adelante.» (diario, 1969)
- «Él, (el Espíritu Santo, ndr) me da en cada momento todo lo que necesito para ir a fondo en nuestra relación de amor... basta que yo sepa descubrirlo.» (diario, 1972)
- «Para las horas que me quedan del día: tratar de no interrumpir el coloquio interior.» (diario, 1972)
- «Ser mártir de amor: morir a mí misma escuchando siempre la voz del Espíritu Santo.» (diario, 1982)
- «Abandonarme al Espíritu Santo para que Él me indique cómo y qué hacer en el momento presente para construir la Obra de María.» (diario 1982)
- «Estar atenta a amar a las Tres Divinas Personas: a Dios Padre haciendo su voluntad, al Hijo compitiendo con su Fidelidad y al Espíritu Santo escuchando su voz.» (diario, 1982)
- «No puedo avanzar con la fantasía sino dejando de verdad que sea el Espíritu Santo quien me guíe.» (diario, 1982)
- «Tener un corazón dócil al Espíritu Santo.» (diario, 1983)
- «Imposible no sentirme dentro del abismo de su Amor, entender la vertiginosa altura a la que Él me lleva, de la cual participo por pura misericordia... Ser Iglesia.» (carta a Chiara, 1976)
- «Repitiendo como mía cada palabra que la Iglesia nos hace decir he entendido que es el mejor modo, el más seguro, de amar a todos.» (diario, 1971)
- «Estoy tratando de ser dócil al Espíritu Santo que dentro de mí me dice que no escape ni del más pequeño dolor, porque es mi Esposo.» (carta a Chiara, 1979)

## Datos biográficos

19 septiembre 1941	Nace en Buenos Aires. Es la tercera de tres hermanos.
17 octubre 1951	Muere su madre. Luminosa le pide a María que ocupe Ella su lugar.
Septiembre 1956	Tiene inquietudes espirituales y consulta al párroco sobre cómo orientar su vida. Le dice: «¡Yo quiero hacerme santa!».
Diciembre 1961	Conoce el Movimiento de los Focolares: un camino de santidad en medio del mundo.
25 marzo 1962	Siente la llamada a donarse totalmente a Dios y promete a la Virgen cantar el Magnificat con su vida.
16 octubre 1963	Conoce a Chiara Lubich, quien la llama Luminosa por su transparencia y luminosidad.
23 diciembre 1964	Fallece su padre y vuelve a Argentina, al focolar de Buenos Aires.
1968	Responsable del focolar de Buenos Aires. Período de pruebas físicas y espirituales.
4 febrero 1971	Chiara Lubich la llama a Roma para encomendarle la zona de España.
1978	Impulsa a un grupo del Movimiento en Sevilla y en Las Palmas a implicarse en obras sociales, asociaciones de consumo y promoción de la mujer.
30 diciembre 1980	Chiara Lubich propone el «Santo Viaje»: un impulso a la santidad. Luminosa cambia radicalmente, vive con mayor continuidad e intensidad las virtudes e involucra a todos los miembros de la Obra de María en España en ese impulso.
Junio 1981	Decae progresivamente su salud y las pruebas médicas dan resultados nulos. Su entrega, sin embargo, es incluso mayor.
Octubre 1983	Participa en el encuentro de los responsables de la Obra de María de todo el mundo en Rocca di Papa (Roma). Allí se establece definitivamente.
4 junio 1984	Ingresa en el hospital. Comienza su «via crucis».
28 septiembre 1984	El tratamiento resulta inútil. Pasa horas ante el sagrario. Chiara Lubich le advierte personalmente de que le queda poco tiempo de vida y le propone que «juegue», que viva el presente como S. Luis Gonzaga.
Diciembre 1984	Dice a una focolarina: «Una focolarina debe vivir y morir con una sola idea fija: la unidad» (característica del carisma).
6 marzo 1985	Se agrava y Chiara Lubich le dice que salude a la Virgen de su parte. Ella responde con un sí repetido. El monitor cardiaco está ya detenido cuando deja su testamento: «Lo importante es la unidad con Chiara... Ahora id adelante vosotras...»
7 marzo 1985	Muere a las 4:40 de la madrugada.
4 enero 2005	Se inicia el proceso de canonización.
4 marzo 2005	Traslación de sus restos desde Rocca di Papa (Roma) hasta el Centro Mariápolis «Luminosa» de Las Matas (Madrid).
22 noviembre 2008	Se cierra el proceso diocesano de canonización.
10 junio 2009	Se abre en Roma la fase apostólica del proceso.
Octubre 2011	Nombran el relator.

## Oración

Ante ti, Señor, dirigimos la mirada  
a nuestra hermana Luminosa,  
que fue en esta vida  
un testimonio de tu amor y  
supo ofrecerse, con alegría y entrega, a los demás.  
La luz que en ella brilló  
la hizo ser espejo vivo  
de tu resurrección permanente entre nosotros.  
Te rogamos que se lleve a término

su beatificación, que sea  
un don para la Iglesia  
y que el Espíritu Santo  
nos haga gozar de la misma luminosidad  
que ella poseyó,  
para que en el mundo entero  
reine la paz, la fraternidad y el amor.  
Por su intercesión, concédenos la gracia  
que ahora con fe te pedimos. Así sea.

(De conformidad con los decretos del papa Urbano VIII, declaramos que en nada se pretende prevenir el juicio de la autoridad eclesialística y que esta oración no tiene finalidad alguna de culto público)

Quienes reciban gracias o quieran aportar sus testimonios pueden hacerlo escribiendo a la Postulación de la Causa:  
C/ Poniente 28, 28290 Las Matas (Madrid).  
e-mail: [causaluminosa@telefonica.net](mailto:causaluminosa@telefonica.net)  
Para aportaciones económicas desde España: C/C 2038 1023 71 6000630752  
Desde Europa: código IBAN ES63 2038 1023 7160 0063 0752  
Desde fuera de Europa: clave SWIT o BC: CAHMESMMXXX 2038 1023 7160 0063 0752